

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SYLVAIN CLÉMENT
DE LA DESESPERACIÓN A LA FE**

S. MILLÁN – 2024

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Mi infancia.
Adolescencia.
Primer amor.
Estudios.
Las religiones.
Buscando paz y silencio.
¿La religión es mentira?
Con discapacitados.
Emmanuelle.
¿Existe Dios?
Abadía de Blauvac.
Abadía de Senanque.
La revelación.
La comunión.
La confesión.
Dios existe.
Vigilia de oración.
Novena a Santa Teresita.
Navidad 1994.
Preparación para el bautismo.
El bautismo.
Dejo la filosofía.
Noviazgo.
Matrimonio.
De nuevo a la filosofía.
¿Filosofía laica?

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

La conversión de Sylvain Clément del ateísmo al catolicismo es una prueba más, no solo de la existencia de Dios y de lo sobrenatural, sino también de que la única manera de dar sentido a la vida es creer en Dios. Hemos sido creados por él con infinito amor y tenemos una existencia eterna. Los ateos caen en el vacío existencial de no creer en el más allá y por tanto su vida terrestre carece de sentido. Vivir, para ellos, solo puede ser un vivir para gozar y buscar todos los placeres posibles que nos da la vida, mientras podemos hacerlo, porque en cualquier momento nos viene una enfermedad o un gran fracaso en nuestros planes y entonces, como hacían los antiguos romanos, la mejor solución es el suicidio.

En cambio, para un creyente el vivir es una etapa de cara a la eternidad. Por eso el sufrimiento hay que verlo con la perspectiva de la eternidad. Por unos pocos días de dolor en esta vida, podremos disfrutar después toda una eternidad felices en el cielo. En cambio para los ateos los placeres de este mundo son pasajeros y nunca podrán estar satisfechos totalmente. Solo Dios puede llenar nuestra sed de infinito. Él nos ha creado para mares sin orillas, para horizontes sin límites, es decir, para el infinito y por eso solo Dios nos puede llenar el alma y solo él nos puede hacer felices por toda una eternidad.

El problema del dolor, que para los ateos es insoluble y un obstáculo para creer en Dios, es para los creyentes solo una oportunidad de crecer en el camino hacia Dios, para crecer en el amor a Dios y al prójimo y, por tanto, un medio de santificación y salvación, si sabemos aceptarlo y ofrecerlo con amor. Solo Dios puede convertir el mal del dolor en santidad personal. Solo Dios ha podido dar un signo positivo a lo que humanamente es un signo negativo y algo que rechaza nuestra naturaleza humana.

Por todo ello, vivamos para la eternidad. Sylvain en este libro nos lleva de la mano hacia Dios por propia experiencia. Él supo por sí mismo lo que era sentirse vacío sin ver el sentido de la vida hasta que pudo encontrar en Dios el sentido de vivir. Por eso su testimonio puede ser para muchos desorientados una ayuda en su caminar hacia el infinito de Dios y hacia la felicidad verdadera, que andan buscando. Recordemos a san Agustín en las primeras palabras de su libro de las *“Confesiones”*: *Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está insatisfecho hasta que descansa en Ti.*

MI INFANCIA

Nací el 25 de julio de 1972 en una familia, ni creyente ni practicante. Al nacer, mis padres decidieron no bautizarme. Según ellos, el bautismo debía ser una decisión de adulto, una elección libre y reflexionada que un niño no puede hacer. En su lugar ellos organizaron una pequeña fiesta familiar en el curso de la cual explicaron las razones de su decisión. A pesar de todo, ellos escogieron para mí un padrino y una madrina. Dos años y medio más tarde nació mi hermano. Mis padres tomaron la misma decisión. De modo que crecimos en la más completa ignorancia sobre Dios, Jesús, la Iglesia o la Biblia. Pero fuimos felices de vivir en un ambiente de amor, en un hogar unido. Nosotros nos sabíamos amados por nuestros padres y nos dábamos cuenta del amor que los unía. Por supuesto que no todo era perfecto. En alguna oportunidad hubo disputas o tensiones, pero teníamos lo esencial. Vivíamos del amor que nos daban nuestros padres y del amor que ellos se daban el uno al otro.

Cuando tenía ya ocho años y mi hermano un poco menos de seis, nuestros padres decidieron adoptar una niña de 7 años. Este acto de amor me marcó mucho. Ellos podían no haberlo hecho, nadie les obligaba. La niña llegó a ser nuestra hermana. Fue un auténtico aprendizaje de amor en la vida de cada día. Sí, yo era un niño feliz. Amaba a mis padres y a mi hermano y a mi hermana. Amaba esta vida de familia con sus alegrías y sus penas. También amaba la escuela y devoraba muchos libros. Tenía un gran deseo de aprender. También el deporte ocupaba un buen lugar en mi vida: El fútbol de seis a siete años. Más tarde el tenis de mesa o el ski en familia.

Mi primer recuerdo de Jesús fue una revista de dibujos que contaba su vida y que me ofreció mi padrino cuando tenía unos 10 años. Este librito me tocó y guardo un buen recuerdo, pues descubrí la persona de Jesús y sus palabras misteriosas. Este fue el único recuerdo de mi infancia referido a la religión. Mis padres no sentían la necesidad de hablarnos de Dios ni de informarnos sobre la biblia o sobre la religión. La fe estaba totalmente al margen de nuestra vida. Vivíamos sin Dios y vivíamos bien así. Mis padres habían sido educados los dos en la religión católica y se encontraron en un movimiento de jóvenes cristianos y se casaron por la Iglesia. Pero se alejaron pronto de la Iglesia católica y de la fe en Dios. Mamá siempre decía que ella creía en algo sin poder decir en qué, sin necesitar prácticas religiosas. Papá era más crítico con relación a las religiones en general y a la Iglesia católica en particular. Hablaba de ciertos cristianos cuyas obras contradecían sus palabras y su fe. Puedo decir que recibí imágenes negativas de la religión, que durante mucho tiempo para mí era sinónimo de alienación, intolerancia y violencia ¹.

¹ Sylvain Clément, *Le retournement*, Ed. des Beatitudes, 2010, pp. 21-23.

En realidad cuando yo recuerdo mis años de la infancia me sale una palabra: Gracias. Gracias a mis padres y a través de ellos, gracias a Dios. Gracias por la vida y el bienestar recibido. Gracias porque fui amado incondicionalmente. Gracias por el amor de papá y mamá, que se manifestaban el uno al otro. Gracias por haber aprendido a amar hasta el punto de haber recibido a mi hermanita.

ADOLESCENCIA

El tiempo de mi adolescencia fue más tormentoso y en mis recuerdos aparece como una suerte de largo túnel cada vez más oscuro y estrecho sin que pudiera durante largo tiempo adivinar la salida o presentir una luz. Desde la edad de 12 ó 13 años, sin que tomara conciencia real, comenzó en mí un profundo combate: Novelas de ficción, series de televisión, videojuegos, escritura de poemas y más tarde de una novela. Me imaginaba ser un jugador de fútbol profesional, o veterinario, estrella de la canción o guardaforestal. Frecuentemente me enamoraba de alguna chica o me sentía atraído por alguna chica guapa. Como yo era muy tímido, no me atrevía nunca a declarar mi atracción y me quedaba solo: celoso de los seductores.

A la vez tomaba conciencia de la dureza de la vida y de los miles de sufrimientos. El descubrimiento de mi hermana y de su historia dolorosa, los libros y la actualidad, los compromisos apasionados de papá en el sindicalismo, la sensibilidad a flor de piel de mamá en particular respecto al sufrimiento de los otros, la muerte inesperada de uno de mis tíos..., todo ello me abrió a la maldad del mundo. Frente a la realidad y a sus inevitables sufrimientos, una tentación era huir y refugiarme en mi imaginación. He vivido esta tentación durante varios años. Esta lucha interior entre la realidad y la imaginación me destrozaba. Un día decidí por ejemplo firmar con mis amigos y profesores una petición para la liberación de un prisionero político, pero la mayor parte de mis energías las absorbían mis ensueños ².

El combate interior entre la realidad y los ensueños se hizo cada vez más intenso e insoportable. A veces me preguntaba ¿Por qué vivir? ¿Para qué? ¿Cuál es el fin de la vida;? ¿Mi vida tiene un sentido? ¿Por qué vivir, si un día vamos a morir? ¿Por qué vivir? si la vida nos depara tantos sufrimientos? Estos son problemas de muchos jóvenes, que se preguntan sobre la vida y la muerte, y sobre lo absurdo o el sentido de la vida. La tentación para muchos es simplemente decir no a la vida y preferir la muerte. Yo también tuve esta tentación. Nunca he intentado el suicidio, pero a partir de los 16 años he pensado

² Ib. pp. 25-26.

en él. Una imagen que me venía a la mente era la de estar en lo alto de un acantilado, al borde del vacío, y saltar y volar. Ese es el final de una novela que escribí en esa época.

Yo no pensaba en el dolor que podía causar a mis familiares, pero esa imagen me consolaba y me decía a mí mismo: Si un día no puedo más, si un día todo se hace insoportable, esa será la solución. Ahora me avergüenzo de esas (ideas) pero en ese tiempo era como una elección fundamental entre vivir o morir. Y al final yo dije sí a la vida. La escogí con sus inevitables sufrimientos. Elegí la vida por amor a la vida, por deseo de vivir y sin duda gracias a la fuerza y al amor que mis padres me comunicaron durante mi infancia. Qué tremenda libertad: Poder decir sí o no al regalo inaudito de la vida. De estos años difíciles guardo la certeza de que uno de los grandes desafíos de la vida, en particular durante los años de la adolescencia, es la elección de la vida y descubrir que la vida tiene su parte dolorosa, pero que vale la pena ser vivida a pesar de todo ³.

PRIMER AMOR

A mis 17 años tuve una pequeña amiga. Después de los principios un poco caóticos nuestra relación se hizo sincera y seria. Teníamos auténticas conversaciones y nuestra amistad duró varios años. Ella había vivido ya varias experiencias amorosas. Para mí era la primera vez. Al principio yo me sentía como todo el mundo, ya que a mis ojos y a los ojos de muchos jóvenes, tener 17 años y no haber tenido nunca una amiga era vergonzoso. A pesar de mi acné, yo podía decir que podía seducir y agrandar y ella podía caer enamorada de mí. Pasaron varias semanas entre nuestros encuentros y los primeros besos. Yo pensaba haber encontrado mi alma hermana. Este amor duró cuatro años con sus altos y bajos, con momentos de alegría y sus dificultades. El último año de nuestra relación fue un año en que no sabía si el asunto iba y si existía o no el amor. Un día en que festejábamos nuestro encuentro, compré una rosa y se la llevé en moto a su casa. En la tarde se la ofrecí y descubrimos que a esa magnífica flor se le había caído la cabeza durante el trayecto en moto. ¿Ese era el símbolo de nuestra historia de amor?

Yo había visto el amor entre mi padre y mi madre y había creído que el amor entre un hombre y una mujer era posible. Yo me lo imaginaba serio, profundo, auténtico, alegre, a pesar de las dificultades. Pero un día decidimos poner fin a nuestra relación. No quisimos hablar de ruptura por miedo de sufrir y hacer sufrir. Me quedé en gran soledad, agradable al principio, pero muy pronto pesada. Me quedé con un gran vacío y el combate entre la vida y la muerte

³ Ib. pp. 26-28.

renació. No lamento esta primera experiencia amorosa. Ella me enseñó mucho y me permitió comprender un poco a los que dudan del amor de atracción ⁴.

A partir de la ruptura con mi amiga, yo iba de decepción en decepción, de desilusión en desilusión, como si nada pudiera dar una respuesta al sentido y al valor de la vida.

ESTUDIOS

En los estudios he sido siempre un alumno más bien brillante. He amado la escuela y la lectura. Mis estudios se desarrollaban bien. Descubrí horizontes intelectuales nuevos. Pero eso no podía llenarme. Veía la vanidad de ciertos profesores y a la vez notaba la inutilidad de ciertos cursos .Y ¿para qué seguirlos, si no me daban ninguna respuesta al sentido de la vida, al sufrimiento y a la muerte? El deporte tampoco podía responderme a las cuestiones fundamentales de la vida ¿El compromiso social político? ¿Cómo comprometerse cuando no se conoce el fin de la vida y de sus valores, y cuando no se sabe dónde está el mal y dónde está el bien y se duda de todo y de todos?

Los libros yo los devoraba. Me apasioné por Rimbaud, René Char o Kafka. La lectura llegó a ser una forma de desesperación. Los libros eran espejos del propio sentimiento de absurdidad de la vida como presentar preguntas sin respuesta. Recuerdo tener un sentimiento de vértigo al entrar en una biblioteca como la inmensa del Centro Pompidou de París. Me preguntaba: ¿Qué leer? ¿Cómo escoger? ¿Como encontrar respuestas a mis preguntas? ¿Cómo distinguir lo verdadero de lo falso? ¿Lo esencial de lo accesorio? Buscaba y buscaba, a derecha e izquierda. Quería apaciguar mi gran combate interior. A veces pensaba que yo había vivido sin vivir verdaderamente, como si no hubiera nacido a la vida y al sentido y valor de la vida ⁵.

Mis estudios me llevaron a descubrir las ciencias y sus resultados fascinantes, sus exigencias, pero ellos no decían nada del sentido de la vida. Pasados dos años de clase preparatoria, comencé mis estudios de filosofía y psicología. Después de un año y medio decidí dejar los estudios de psicología, desilusionado con ese curso. Gracias a un amigo comprendo entonces que yo busco en la Psicología respuestas a mis cuestiones existenciales. Pero ¿me las pueden dar? Por otra parte, un tiempo de observación en el hospital psiquiátrico me muestra mis límites. Por primera vez descubro las enfermedades mentales, a veces crónicas. Me siento atormentado por tantos sufrimientos. No los puedo

⁴ Ib. pp. 29-32.

⁵ Ib. pp. 33-39.

soportar, a través de las miradas, voces..., descubro el abismo de mi propia búsqueda. Comprendo que no estoy preparado para acompañar a esos enfermos mentales. No les puedo ofrecer ninguna esperanza. Cada visita al hospital me anima y me agota a la vez. Y una pregunta me viene a la mente constantemente: ¿Hay otra vida que esta que se dedica a consolar los sufrimientos de otros?

Estudio filosofía. Esperaba llegar a ser periodista y encontrar en la filosofía la respuesta al sentido de la vida. Pero de autor en autor, de obra en obra, voy de decepción en decepción. Los grandes filósofos no están de acuerdo entre ellos sobre cómo un ser humano debe conducirse en la vida. Algunos hablan de la absurdidad de la vida. Para Camus la condición humana es absurda, vacía. Sin embargo, en lugar de caer en la desesperación y en el suicidio, según él es preciso llegar a aceptar ese sin sentido y alegrarse con él. Yo intenté vivir así y no podía vivir. ¿Cómo podría encontrar mi bienestar en el absurdo? Además leí que la cuestión de la vida no tiene sentido, es una cuestión obsoleta y pasada de moda. La filosofía pronto llegó a ser el lugar de mi sufrimiento y de mi desesperación. En lugar de darme respuestas, me enseñaba a ir siempre más lejos y plantearme nuevas preguntas sin tener previas respuestas.

Con la filosofía se aprende a buscar sin encontrar, porque se dice que nada se puede encontrar: ni verdad, ni valores, ni Dios, ni el sentido último de la existencia y del mundo. Gracias a la filosofía mi desesperación se acentuó, pero gracias a la filosofía me creía superior a los demás, porque había descubierto que nada tiene sentido y que no hay ninguna verdad que descubrir. Terrible contradicción. Yo tenía esperanza en la filosofía, pero ella me empujaba y me encerraba cada día más en la desesperación. Dudar de todo me llevaba al agotamiento interior y a la angustia. Me parecía caminar sobre arenas movedizas o vivir suspendido sobre un abismo. La duda es para mí un veneno que me hace incapaz de aceptar cualquier tesis, de comprometerme con algo serio. Nietzsche dijo: Dios ha muerto. Así proclamaba la desaparición de Dios, pero yo perdí toda mi alegría, ¿Cómo puedo vivir sin verdad? ¿Cómo se puede vivir sin encontrar el fundamento de la existencia? La duda me empujaba al abismo de la desesperación ⁶.

LAS RELIGIONES

Y, ¿qué decir de las religiones? A pesar de lo que decía Nietzsche, ellas me atraen y se presentan afirmando que conocen el sentido de la vida, del bien y del mal, que son las claves del bienestar. Pero por mis estudios de filosofía yo soy muy desconfiado. Toda religión me parece en principio un peligro, como si

⁶ Ib. pp. 40-47.

fuera la tentativa de algunos hombres de someter en una Institución la vida y el espíritu de millones de otros seres humanos. Veo las religiones como una fuente explosiva de intolerancia y de grandes violencias. Además es muy difícil orientarse entre todas las religiones o espiritualidades que se nos ofrecen ¿Cómo escoger? ¿Cómo descubrir la verdad sin ser manipulados? ¿Cómo saber quién dice la verdad en medio de tantos discursos religiosos diferentes y a veces contradictorios? Yo no he recibido ninguna educación religiosa. Me encuentro ante un gran vacío. Yo soy libre, sí, libre ante mil posibilidades que se me ofrecen, pero la libertad es vacía, estéril, absurda. Tengo todo para ser feliz: estudios terminados, una familia, bienes materiales asegurados, pero no ceso de probar un profundo malestar. Me falta algo esencial. Nada me llega a satisfacer. Bajo la apariencia de un joven estudiante, más bien brillante y simpático, vivo una espantable destrucción interior. Todo vale a mis ojos, pero nada vale, todo pierde sentido y es vano. He ahí mi desesperación ⁷.

BUSCANDO PAZ Y SILENCIO

A los 20 años tomo una importante decisión. Ante las mil cuestiones que me asaltan, siento la necesidad de retirarme unos días a reflexionar. Busco un lugar de calma, paz y silencio propicio para mis meditaciones solitarias. En Drome, donde viven mis padres, está el monasterio cisterciense de Aiguebelle. Me pregunto por qué, si busco un lugar de paz y silencio, debe ser un lugar religioso. En esta abadía me reciben y paso 10 días. Desde mi llegada, un monje, encargado de la hostería, me recibe, no importa si soy o no soy creyente. No estoy obligado a participar en sus rezos, pero soy bienvenido. El monje de la hostería está dispuesto a hablar conmigo cuando lo desee. Paso el tiempo en paseos, lecturas, reflexiones, asistiendo a algunos oficios religiosos por curiosidad y sin comprender. Los primeros días los paso en soledad. Después acepto hablar con el monje. Conversamos mucho y profundamente. Yo le confío mi búsqueda. Él me habla de su fe. Yo le hago preguntas y críticas. Él me responde con serenidad y dulzura e inteligencia. Así nace una amistad. El monje me invita a compartir su comida. Imagino a los religiosos como fieles réplicas de los grandes inquisidores. Él me cuenta sus combates interiores. En varias ocasiones él me abraza como un padre o un gran hermano y su ternura sincera me toca. Cuando dejo la abadía, no me he convertido en creyente, pero todas las imágenes que tenía de la religión, de la fe, de Dios se han evaporado. Todas mis objeciones han desaparecido. No tengo críticas que formular, pues encontré por primera vez un corazón creyente fiel a su Dios, humilde y sincero, que tiene sus defectos y los reconoce voluntariamente, que se esfuerza en poner sus obras y palabras de acuerdo con su fe, que no desconfía de la inteligencia.

⁷ Ib. pp. 49-51.

¿LA RELIGIÓN ES MENTIRA?

La religión, ¿una alienación? Yo no he encontrado nunca un hombre tan libre interiormente, libre de espíritu y de corazón sobre todo con relación a los demás. La religión, ¿una violencia? Encontré un hombre dulce y fuerte a la vez, que me habla de un Dios que es amor, de un Dios que dice: *Tú no matarás, amaos los unos a los otros como yo os he amado*. La religión, ¿signo de intolerancia? Este hombre me ha acogido tal como yo soy y me ha respetado. He visto en la hostería del monasterio hombres y mujeres diversos, de clases sociales diferentes. He encontrado también hombres en dificultades, que habían encontrado allí un refugio ⁸.

No me he convertido en creyente, pero no tengo nada que oponer a la fe. Dios no es lo que yo creía, la fe no es lo que pensaba. La Iglesia católica no es lo que imaginaba. No tengo respuesta a mis cuestiones, pero han caído los obstáculos que me impedían entender las respuestas. Este monje no es el único testigo que he encontrado. Hombres y mujeres cristianos o no, muestran con sus palabras, por sus actos, por sus compromisos y por su misma vida que la vida puede tener un sentido y un valor. Aunque ellos no comprendan ni se pregunten el porqué, ellos siguen su vida, con alegría. Ellos dan un poco de la luz que les hace vivir. Así son por ejemplo esos dos estudiantes que se atreven un día a hablarme de su fe o esa mujer largo tiempo comprometida en la lucha contra la pobreza, o esa pareja que pasa su vida al servicio de los demás, o ese sacerdote que acoge en su casa a desamparados. Yo creo prontamente que son estos encuentros los que durante largo tiempo me dan fuerza para esperar e incluso avanzar.

CON DISCAPACITADOS

En 1993 trabajé durante dos semanas en un hogar para personas discapacitadas en Chateauneuf de Galaure en el Drome. Yo no había suspendido mis estudios de psicología y esperaba conocer un poco el mundo de los discapacitados. Fue para mí un verdadero descubrimiento. Mi trabajo consistió en acompañarlos en sus tareas cotidianas, teniendo un pesado o muy pesado obstáculo físico y mental: lavarse, vestirse, comer, pasear. Es con frecuencia difícil y delicado y yo siempre he llevado mal mis propios sufrimientos. Pero tengo experiencias asombrosas con Salim, ciego, de gran gentileza, pero que tiene algunos accesos de cólera por los que él de inmediato pide perdón. Con

⁸ Ib. pp. 51-55.

Thierry, a quien no le falta el humor, con Martina que no está nunca donde debía estar, que puede ser agresiva, pero que como los otros tiene tanta necesidad de ser amada. Y con aquellos y aquellas que trabajan allá con una dedicación impresionante. Este hogar tiene una dimensión cristiana, discreta y esencial. Hay una capilla donde las personas discapacitadas se reúnen a veces. Los oigo rezar y no me extraño.

Al contacto con estas personas descubro muchas cosas. Aprendo a mirar de otro modo mis propios dolores, mis propios cuidados. Aprendo que puedo ayudar y consolar un poco a los que sufren más que yo. Admiro el coraje de los que frente a su propia discapacidad física o mental no han renunciado a la alegría de vivir. Aprendo que no son solamente discapacitados, como se dice frecuentemente, sino que son ante todo personas con su historia, su carácter, sus heridas, sus cualidades. Cada uno es un ser único y precioso. Por mi parte me siento pequeño ante la esperanza que tienen algunos miembros del personal, cuando el discapacitado al que cuidan no puede mejorar, sino agravarse según avanza su vida.

Uno de los discapacitados está siempre de buen humor, respira la alegría de vivir. Sin ser un amigo cercano, él hace parte de mi entorno durante muchos años de mi adolescencia. Hacemos nuestros estudios en Lyon en el mismo Instituto. No nos perdemos de vista. Sé solamente que después se encontraba en Alemania, mientras yo estaba en París, cuando recibí la noticia de su muerte. Se había tirado al vacío de uno de los más altos puentes de Alemania. No lo comprendo. Su familia estaba traumada. Se buscó explicaciones. Por mi parte, su suicidio me pone frente a la cuestión del sentido de la vida, cuestión de vida o muerte. Unos días después de su muerte, yo tuve una reacción que me asombró. Me dije a mí mismo más o menos así: Si yo vivo, hace falta que valga la pena vivir. Es preciso que sea bella, plena y exitosa. Yo no quiero una vida de fracaso o una vida que lamentaré más tarde. Yo deseo que mi vida tenga sentido y que ella dé a otros las ganas de vivir. Es una decisión venida de lo más profundo: vivir, sí, pero sin nostalgia ni lamentaciones inútiles. Vivir, sí, pero sin que más tarde tenga que regresar diciendo que se ha vivido en la superficie de la vida. Yo tengo el deber de continuar y de creer que existe otra cosa que el fracaso. Todo pasa como si curiosamente la muerte de este joven hubiera contribuido a darme la vida, a darme la esperanza, que uno puede salir de la desesperación ⁹.

⁹ Ib. pp. 56-59.

EMMANUELLE

En verano de 1994 tuve un encuentro decisivo. Emmanuelle tenía 26 años y yo 22. Ella procedía de una familia católica practicante y desde hacía muchos años vivió experiencias espirituales que le permitieron escoger por su propia cuenta la fe en Cristo. Ella no vivió solamente de la fe de sus padres, sino de una fe personal, libremente elegida, interior, adulta. Nuestro encuentro tuvo lugar en un hogar de vida de personas discapacitadas. Por segundo año consecutivo, yo trabajé allí durante algunas semanas. Ella había venido a ayudar como secretaria a su tía, fundadora y directora del hogar. Desde nuestros primeros encuentros hablamos de lo esencial. Ella escuchaba atenta, los relatos de mi búsqueda. Yo le preguntaba, fascinado por la fe que le hacía vivir y la empujaba a dar 9 meses de su vida a Dios por un año sabático en la comunidad católica del Verbo de Vida. Entre nosotros no hubo juegos de seducción ni estrategias amorosas. Ella soñaba con un hombre moreno y yo soy rubio. Para ella era demasiado joven y yo la consideraba demasiado mayor, demasiado pequeña, demasiado católica. Es al filo de nuestras discusiones por los caminos del campo que nació una atracción profunda y yo soy el primero en asombrarme. Con ella me sentía bien, era a otro nivel, que yo ignoraba hasta entonces. ¿Se puede hablar de atracción espiritual? ¿De una amistad verdadera sobre la que puede germinar y crecer un amor auténtico? De todos modos, nunca he conocido con una mujer una relación de tal cualidad, verdadera, de un respeto mutuo y de una sinceridad sin máscaras. Sus respuestas a mis preguntas me asombraban y me desarmaban. Al igual que con el monje de Aiguebelle, al escucharla no comprendía siempre lo que significaban algunas palabras como fe, Dios o Cristo. Su fe era viva, brillante, activa, alegre. No la había encontrado antes en nadie.

Un día, cuando nosotros discutíamos, yo percibí o adiviné que una luz, que no venía de ella, brillaba en su alma. Noté como una presencia de otro. No me atrevo a soñar, pero percibí que alguna cosa o algo más grande que ella vivía en ella. Además, su nombre de Emmanuelle significa: *Dios con nosotros*. ¿Acaso fue por azar? Debo reconocer que me atraía su modo diferente al de otras mujeres que pude encontrar. Veía en ella un sincero y verdadero amor, un respeto profundo que ella me testimoniaba y me inspiraba al mismo tiempo. Eso era suficiente para convencerme que valía la pena. En el transcurso de ese verano de 1994 ella me llevó a muchos lugares religiosos. Me hizo por ejemplo descubrir el hogar de Caridad de Chateauneuf de Galaure. Cuando entramos en la gran capilla del Hogar, vi una escena extraña. Diseminados en los bancos había hombres y mujeres en silencio con los ojos dirigidos hacia el altar sobre el que se encontraba una especie de disco blanco en la llamada custodia. Yo me preguntaba qué hacían ellos. Ella me explicó que se trataba de la adoración eucarística y que era algo muy importante, porque el pequeño disco blanco, al

que se dirigían todas las miradas, era el mismo Jesús. Dios hecho carne y hueso se puede decir. Yo decía: ¿Como se puede creer y practicar una cosa semejante? Me senté esperando que aquello terminara, me refiero a lo de adorar al disco blanco. Emmanuelle me llevó a la casa donde vivió Marta Robin, la extraordinaria estigmatizada del siglo XX. Entramos en la habitación donde estuvo gravemente enferma y pasó gran parte de su existencia sin poder soportar la luz del día. Me senté en esa habitación, que la han conservado tal y como estaba al tiempo de la muerte de Marta sin comprender todo lo que Emmanuelle me explicaba.

Recordemos que Marta Robín estuvo 50 años sin comer, ni beber ni dormir. Fue una gran santa estigmatizada con las llagas de Cristo y que fundó los *Foyers de Charite* (Hogares de caridad) ¹⁰.

A veces yo me cuestionaba y me decía que la fe viva de Emmanuelle no podía bastarme, que no podía creer por mediación de la fe de otro. Yo debía verificar y experimentar la fe por mí mismo. Eso lo veía claro antes de llegar a ser creyente. Había creído que Dios era una creación humana, pero al hablar con creyentes debí reconocer que lo que ellos llamaban Dios era muy diferente de lo que yo criticaba del ser de Dios.

¿EXISTE DIOS?

Cuando estuve en mi primera estadía en la abadía de Aiguebelle, mi amigo el monje me dijo un día: Hoy tu oración no puede ser que la de: *Dios, si tú existes, demuéstramelo*. Y añadió: *La fe es un don de Dios*. A los pocos días yo me arriesgué a repetir esta oración que el monje me había propuesto. Me arriesgaba, porque podía haber una respuesta. ¿Si Dios me respondía? ¿Sabría oír su respuesta? Y si nunca me respondía... De pronto, dudé casi de pronunciar esa oración. ¿Era miedo? ¿Era temor a una respuesta? ¿O tenía vergüenza? ¿Qué dirían mi familia y mis amigos, si me oían decir esa oración?

Entre el miedo y la vergüenza, el deseo de saber me dio fuerzas. Me preguntaba; ¿Quién es ese Dios que hace vivir a mi amigo el monje y a tantos otros a través de los siglos? Debo saber si Dios existe o no. ¿Y cómo saberlo si no se lo pregunto a él, pues los creyentes afirman que ese Dios habla y se revela a quien le pregunta? Un día, más de un año antes de encontrar a Emmanuelle estaba en el monasterio de Aiguebelle solo en una habitación de la hostería, mirando por la ventana. Yo dije esa oración que me enseñó el monje. La dije de todo corazón. Dije como gritando en mi interior: *Dios, si tú existes, muéstrame*.

¹⁰ Ib. pp. 61-64,

Era casi una orden que le enviaba a ese Dios del que ignoraba casi todo. Era una llamada. No era una simple curiosidad. La dije con todo mi deseo de vivir y conocer la verdad. En ese momento un rayo de sol atravesó la ventana de modo muy distinto a lo normal y vino a caer sobre la mesa de la habitación, al lugar donde estaba una biblia abierta, que el monje me había prestado y que yo trataba desesperadamente de leer y comprender. ¿Qué paso? No creía a mis ojos. No me atrevo a decir que esa luz brillante era una respuesta a mi oración. Pero una vez que desapareció ese rayo de luz, quise verificar y grité interiormente: *Ahora, una vez más*. Y el rayo de luz reapareció brillante sobre la mesa en el mismo lugar. No lo podía creer. Era imposible. Me parecía que estaba loco. ¿Era mi imaginación? ¿Era una alucinación? ¿O simplemente era una manera fácil de interpretar un sencillo fenómeno natural?

No me arriesgué a pedir una tercera vez que se repitiera el rayo de luz. Detuve mi oración y pensé: ¿Y si era Dios que me respondía así? ¿Era posible que fuera Dios que me respondía? Allí, en aquella habitación, en mi querida y difícil soledad, casi temblando delante de lo que venía de suceder, no llegaba a creer todavía ¹¹.

ABADÍA DE BLEUVAC

A mediados de agosto de 1994, Emmanuelle se fue de vacaciones con su familia y yo me fui a diferentes abadías, buscando soledad y silencio. En primer lugar fui a la abadía benedictina de Blauvac, no lejos de Avignon. Al poco tiempo de mi llegada estaba sentado bajo los árboles, admirando el paisaje, la belleza y la paz del lugar y, de pronto, se elevó en mí como una alegría interior. Era una alegría intensa y viva que no conocía. Me di cuenta con fuerza de que yo existía, que estaba vivo, y que eso era muy bueno. Disfrutaba con mis cinco sentidos las cosas que me rodeaban. Entonces me vinieron a la memoria mil momentos vividos, mil detalles de mi historia y todo ello me parecía increíblemente bueno. El simple hecho de existir y disfrutar cada día de la existencia me llenaba de una alegría de la que no podía sospechar su existencia. Me decía: *La vida es bella y buena. Soy feliz de vivir*. Casi cantaba y me reía de mi alegría. Por primera vez, vi la vida como una oportunidad extraordinaria, como un don gratuito que debía acoger y vivir a plenitud. Para mi gran sorpresa, descubrí la alegría inaudita de existir y desde lo más profundo de mí mismo subió un sentimiento de gratitud. Deseaba decir: Gracias, cantar y gritar Gracias por el magnífico regalo que era la vida.

¹¹ Ib. pp. 67-71.

¿Pero dar gracias a quién? A mis padres sin duda, pero también a través de ellos a la Vida que me fue dada. A la vida superabundante y buena que hace cantar a los pájaros, florecer a las flores y nacer a los niños. ¿Era un gracias a Dios, fuente de la vida? Sin duda, pero en ese momento yo no lo podía nombrar con esa palabra. Me di cuenta, eso sí, que dentro de mí había una dimensión que yo no conocía y que era incapaz de producir por mis propios esfuerzos. Ese sentimiento de gratitud, esa alegría de vivir, yo no la había creado, la había acogido como si viniera de otro, de más lejos de mí y, sin embargo, había venido del interior de lo más profundo de mí mismo. ¡Qué cosa tan emocionante!

En Blauvac, al final de aquellos días, disfruté de una nueva alegría. En el curso de uno de mis paseos cotidianos tomé una decisión importante. Escogí el Evangelio como norma de vida, como camino de vida porque comprendí que el Evangelio podía darme una orientación y puntos de referencia. Después pasé a Aiguebelle y leí los Evangelios en parte. Mi amigo el monje me dio un consejo: leer las palabras y los hechos de Jesús, buscando su origen y su fuente en el Corazón de Jesús. No lo conseguí, pero me tocaron el corazón algunas frases de Jesús: Amar al prójimo, amar a los enemigos... Escogiendo los valores del Evangelio podía construir mi vida, hacer elecciones, avanzar. Escogí el Evangelio como norma de conducta en lo moral.

La alegría de vivir y la alegría del Evangelio fue hermoso para mí, pues hacía mucho tiempo que no conocía la alegría. Hacía mucho tiempo que arrastraba como un fardo pesado la tristeza y la desilusión de no saber por qué vivir y para qué vivir. Esa alegría que sentía, que venía del interior, alegría profunda y secreta, me elevaba sobre mí mismo y era una fuerza inaudita. Comprendí que allí donde estaba la alegría, estaba mi vida y yo podía decir: Allí está mi Dios.

ABADÍA DE SENANQUE

Después de Blauvac fui a la abadía de Senanque en el sur de Francia. Los turistas son numerosos, pero la hostería del monasterio es propicia para la calma y el silencio. A pesar del recuerdo de la alegría recién descubierta, la tentación de la desesperación no me había dejado del todo. Estaba yo lejos de la paz y serenidad que veía en los monjes, a quienes veía rezar, trabajar o recibir a los visitantes. Por mi parte, deseaba una paz como una roca, sin cavilaciones, dudas o vaivenes. Quería conocer verdades absolutas y estar bien cimentado en ellas para evitar dudas o temores. Dicho brevemente: Deseaba el absoluto, es decir, a Dios. Fue la primera vez que me atreví a reconocer que había en mí un deseo de Dios. Tenía sed de Dios. Esa sed me hacía sufrir como un sediento en busca de

agua. Esa sed era tan grande y profunda que Dios solo, si existía, la podía llenar¹².

Una tarde me encontraba en un pequeño oratorio de la hostería de la abadía de Senanque. Allí iba algunos ratos buscando el silencio y la paz. Por la noche me quedaba solo, porque todos se iban a descansar. Un día me pasó algo extraño. Una imagen apareció en mi espíritu, un hombre estaba extendido en el suelo boca abajo en pleno desierto. Él se arrastra por la sed. Su cuerpo está traspasado de heridas. Está solo y perdido a punto de morir. Me sorprende esta imagen. ¿De dónde viene? Entonces reconozco que ese hombre soy yo. Mi vida es un desierto. He caminado y he buscado mucho tiempo y estoy al borde de mis fuerzas. Nada puede calmar mi sed. No encuentro una fuente y si sigo así voy a morir de sed. Entonces descubro en mí mil heridas, debidas a los golpes que he recibido o que he dado o que yo me he dado a mí mismo. Esta imagen es el espejo de mi alma, de mi interior: Un alma sedienta, herida, errante, agonizante.

Reconozco que hasta el presente he vivido empujado por el miedo, miedo a vivir y a morir, a amar y no amar, a ser amado y no ser amado, de fracasar y de triunfar, de ser desgraciado o feliz. Miedo a los otros y a mí mismo. Miedo a todo y a nada, a nada concreto. El miedo es más fuerte que la razón y que la esperanza. Este miedo a veces me paraliza y atormenta. Y siento la inmensidad de mi debilidad humana. No puedo salvarme a mí mismo con mis propias fuerzas y medios. Ningún psicoanalista me puede salvar. Entonces comienzo a orar, a suplicar, a pedir ayuda. Solo Dios puede satisfacer mi sed de infinito, solo Dios me puede salvar del abismo donde estoy perdido. Y rezo: Tú, Señor, eres mi Dios y me has atraído hacia ti con toda la fuerza de tu amor. Tú nunca me has abandonado. Yo soy tu hijo. Mi vida en la tierra y en la eternidad no serán suficientes para alabarte y darte gracias ¹³.

LA REVELACIÓN

En septiembre de 1994 mi amiga Emmanuelle se iba a hacer una experiencia de nueve meses a un monasterio para discernir su vocación (religiosa o matrimonio) en un ambiente conventual de silencio y oración. Yo no era creyente ni practicante. No creía ni en Dios ni en el diablo. Tenía 22 años y estaba en búsqueda de un sentido para mi vida. La sinceridad de Emmanuelle me interrogaba y me fascinaba. La última tarde que pasamos juntos paseando antes de su partida entramos en la basílica de Notre Dame de Bonne Garde. Desde el umbral yo sentía como que algo se movía en mi interior. Ella comenzó su visita

¹² Ib. pp. 73-77.

¹³ Ib. pp. 78.81.

por la parte derecha de la basílica y yo por la izquierda, mirando las imágenes. Al final de mi recorrido estaba la imagen de San Denis, obispo de París. Mi mirada se fija en un instante en el centro del pecho de la estatua. Vi el rostro de un niño. Parecía como los retratos de ángeles que se encuentran en ciertas pinturas con rostros de niños de unos cinco o seis años. Ese rostro era serio, casi grave y se volvió hacia mí como para invitarme a seguirle.

Después de pasar de largo, regresé de nuevo para ver la misma estatua, pero ya no había ningún rastro de la mirada del niño. Me quedo incrédulo. Busco una explicación racional. ¿Una alucinación? ¿Y por qué aquí y ahora bajo esta forma? Yo nunca he tenido alucinaciones ¿Habrá sido el reflejo de un vitral? Busco encontrar la causa y no la encuentro. Miro todos los vitrales y no encuentro nada parecido a lo que he visto. Le cuento a ella lo que he visto. Ella me responde: Será seguramente un ángel. ¿Podría ser mi ángel guardián? Pero yo no creo en los ángeles y tengo ganas de reírme.

Nos sentamos unos momentos en un banco, costado a costado, en silencio. Ella reza por mí, como me dirá más tarde. Salimos de la basílica, seguimos nuestro paseo por el parque cercano. Terminamos el día en un restaurante. Pero ese día, ese instante donde se me apareció el rostro de un niño, quedó grabado en mí. Desde ese día Dios hizo irrupción en mi vida. Vino a buscarme y llamarme. Con la sola mirada del niño, es como si me hubiera dicho: Ven, sígueme. Vi el rostro del niño en el pecho de San Denis. El centro del pecho designa el corazón, el lugar interior donde Dios nos acoge. Algunos meses más tarde lo seguiré al descubrir el valor de la oración. Pero me quedaron dudas: ¿Era el rostro de un ángel? ¿Era el Niño Jesús, como algunos me dijeron? No lo sé, pero ese día marcó un antes y un después ¹⁴.

LA COMUNIÓN

Al día siguiente fui a la misa a la iglesia de Saint Jacques. Oí ciertas palabras al sacerdote como si fueran dirigidas a mí y sentí el deseo de pedir perdón por todo el mal que había hecho a lo largo de mi vida. Por primera vez asisto a la misa, no como un espectador, sino que la vivo al menos en ciertos momentos. Y desde lo más profundo de mí mismo surge el deseo de comulgar. Eso me asombra. No estoy bautizado e ignoro todo lo que se refiere a la Eucaristía, comunión o cuerpo y sangre de Cristo. ¿De dónde viene ese deseo intenso y profundo a la vez? Pareciera que ese pedacito de pan condensara todo lo que yo buscaba después de tantos años como si él fuera el término de mi búsqueda, como si eso fuera lo que yo buscaba sin saberlo.

¹⁴ Sylvain Clément, *Le retournement*. Ed. des Béatitudes, 2010, pp. 16-19.

A la vez me viene otro pensamiento claro y fuerte: La Iglesia católica es verdad, ese pequeño pedazo de pan es Dios y es todo lo que busco.

Al día siguiente es domingo y hago lo posible para no estar a la hora de la misa. Hago varias veces el camino a la iglesia sin entrar, esperando que termine la misa como si tuviera una cita. Cuando me decido a entrar, la misa todavía no había terminado. Era el momento exacto de la comunión. Me siento. El deseo de comulgar surge impetuoso de nuevo en mí. Entonces, yo acepto. Me levanto y tomo lugar en la fila de los miembros de la asamblea que van a comulgar. Un hombre entre los hombres con sus fuerzas y debilidades, sus sombras y sus luces y, como ellos, voy a buscar. No comprendo exactamente lo que hago, pero siento que debo hacerlo. Me acerco. Llega mi turno. No sé lo que hay que hacer o decir. Tiendo la mano como los otros y oigo por primera vez las palabras misteriosas: *El cuerpo de Cristo*. Tomó la hostia y regreso a mi asiento. Cierro los ojos. Espero. No tengo ni éxtasis ni decepción. No hay nada de lo que esperaba. Siento una especie de paz, que sube desde dentro de mí. Estoy sorprendido y no comprendo lo que pasa. La paz es débil, pero a medida que yo la acojo, su calor me invade hasta la punta de mis dedos. Me siento conmovido. Esa paz no viene de mí, viene de otro y me deja libre. Es una paz capaz de resistir a todo y al mismo tiempo débil para no imponerse. Ese día me doy cuenta de que ese Dios, que buscaba en mis razonamientos y en mis libros, al que yo consideraba como algo muy lejano y una idea abstracta, se hace ese día una presencia, alguien cercano y presente dentro de mí. Dios es cercano, infinitamente cercano. Más aún, es una presencia íntima dentro de mí, presencia hecha de paz y dulzura. Presencia infinitamente respetuosa de mi libertad que jamás violará lo que soy, que jamás forzará mi voluntad. Dios no es como yo creía. Él es amor, solamente amor, presencia de amor. Al salir de la iglesia, canto y danzo en plena calle y sonrío a la gente feliz y ligero. Temo a las miradas de los otros, pero soy libre. La presencia recibida por la hostia en la comunión me hace libre y me da una alegría que no conocía ¹⁵.

LA CONFESIÓN

Dos días después regreso a la iglesia de mi barrio donde había recibido por primera vez la comunión. Entro y paso por delante de un viejo confesionario de madera donde algunas personas están preparadas para confesarse. Sonrío al verlas y pienso que, si hay algo que nunca haré, será confesarme. Veinte metros más adelante siento la certeza de que es eso precisamente lo que se me pide hacer ¿Voy a confesarme como esas personas de las que interiormente me acabo de

¹⁵ Ib. pp. 83-87.

burlar? Presiento que si yo hago semejante cosa, entonces se abrirán otros caminos. En mí surge una fuerza y un deseo de dar ese paso y decido no resistir. Después de todo, no me arrepiento de haber cedido a mi deseo de comulgar. ¿Por qué hoy voy a resistir a ese deseo extraño de confesar?

Me acerco al confesonario y me arrodillo. El sacerdote me aconseja hablar con él personalmente en privado antes de confesarme, Pero yo insisto ante el sacerdote que quiero confesarme, porque quiero pedir perdón. ¿A quién? ¿A Dios? ¿A la presencia oculta en la hostia del otro día? ¿A mis prójimos? Solo sé que yo he herido a aquellos a quienes he amado; a mis padres, mis amigos, la joven mujer que fue mi primer amor... Siento necesidad de ser perdonado y de ser liberado de ese fardo pesado.

Por fin el sacerdote me da el perdón y oigo por primera vez las palabras: *Yo te perdono tus pecados en el Nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo*. Olas de paz entran en mi corazón. Agradezco a ese hombre por quien recibo este regalo y salgo. Como un niño, me río y brinco de alegría por la calle como lo hice después de la primera comunión. Estoy liberado del peso de mis faltas y de mis remordimientos. Liberado de mis miedos y de la mirada de los otros, liberado de la angustia que desde hacía años me atenazaba, ahora me siento ligero, ligero y feliz de vivir. ¡Qué bienestar ser perdonado y poder amar y vivir de nuevo! ¹⁶.

DIOS EXISTE

Ya no podría decir que Dios no existe o que la religión era una ilusión como decía antes. Después, con el tiempo, pude comprender que esas experiencias de Dios me sumergieron dentro del Corazón de la Iglesia. Yo creía anteriormente en una iglesia fría, triste y vieja, una Institución pasada de moda y rígida, y he aquí que descubro a Dios bajo los rasgos de Cristo, a través de un obispo, una hostia y el perdón dados por un sacerdote y descubro que Dios es el Dios de la vida y que esta vida está en la Iglesia. Actualmente, después de mi conversión, no podría separar a Cristo y a la Iglesia. Cuando ya me haga católico no será por una adhesión a una moral, ni por una sumisión a los dogmas, ni por unirme a una comunidad, sino porque descubrí que Cristo está en la Iglesia católica. Allí está su presencia viva en los sacramentos y en la Comunidad.

Al presente puedo decir: Dios existe, Dios está vivo. Dios me llama y no es nada de lo que yo creía anteriormente. A partir de mis experiencias de la presencia de Dios, sentía sed de esa presencia y por otra lado quería hacerme

¹⁶ Ib. pp.91-94.

cristiano católico y pensaba ¿Qué dirán mis amigos y todos los ateos y agnósticos? ¿Qué dirán mis padres que están alejados de la Iglesia católica? En París seguí mi vida normal como si nada hubiera pasado, viviendo en el apartamento con mis amigos. Seguí con mis estudios de filosofía y con la preparación del concurso para enseñar, un poco de deporte, etc. Al mismo tiempo descubrí la Biblia e iba de descubrimiento en descubrimiento, de revelación en revelación. Estaba fascinado de oír palabras que satisfacían tanto mi inteligencia como mi corazón. Descubrí que la Biblia no es solo un libro o *El libro*. Es la palabra de Dios y ella era capaz de tocarme y de transformarme. De tiempo en tiempo me iba a refugiar al *Centro Manresa*, un lugar espiritual de los jesuitas en una barriada de París. Allí un sacerdote anciano, lleno de sabiduría, me oía, me acogía, me aconsejaba. Un día en el oratorio se produjo un hecho asombroso. Yo no sabía qué era exactamente rezar. Veía a otros rezar con los ojos cerrados y yo hice lo mismo, estando atento a lo que podía sentir. Sentí que entraba en lo más profundo de mí mismo y se abrió una puerta y comprendí que el rostro del niño al centro del pecho de la estatua del obispo me invitaba a seguir el camino del interior, el camino del corazón, que conducía a ese sitio secreto del corazón donde está la presencia de Dios ¹⁷.

VIGILIA DE ORACIÓN

Una tarde por sugerencia de Emmanuelle fui a una vigilia de oración animada por los miembros de la comunidad del Verbo de Vida, presentes en París. Yo me senté un poco al margen y asistí a la oración sin participar verdaderamente. Hubo cantos, alabanza, silencio. Me sentí bien. De pronto, en tiempo de oración espontánea oí a una mujer de la primera fila pronunciar más o menos estas palabras: Alguno tiene dudas. Jesús le dice: *Soy yo, no tengas miedo*. Me quedé conmovido. Esa palabra era para mí, esa palabra decía algo de lo que yo vivía. Nunca había visto a esa mujer, ignoraba todo sobre ella y ella no me conocía. Me puse a imaginar que Emmanuelle le habría informado, pero no era cierto. Más tarde entendí que existían carismas y dones del Espíritu Santo para edificar la comunidad. Unos dones son ordinarios como el don de servicio o de enseñanza. Otros son extraordinarios como el don de conocimiento sobrenatural. El caso es que esa tarde volví a mi casa alegre y gozoso.

NOVENA A SANTA TERESITA

En otoño de 1994 Emmanuelle vivió un acontecimiento poco ordinario. Ella decidió hacer una novena por intercesión de santa Teresa de Lisieux.

¹⁷ Ib. pp. 98-100.

Durante los 9 días oró por mi conversión sin que yo lo supiera. Terminó la novena sin novedad. Ella confió lo sucedido a una amiga que la animó a hacer otra segunda novena con la misma intención. Esta vez sí hubo respuesta. Un jueves por la tarde, delante del Santísimo Sacramento, en la capilla de la abadía, estando con otros miembros de la comunidad, ella estaba para comenzar su oración cuando oyó una voz que le decía: *Pide*. Sorprendida, miró alrededor y constató que era imposible que esa voz proviniese de una de las personas presentes en la capilla, pues estaban sentadas demasiado lejos. Y de nuevo oyó la voz: *Pide, Jesús está listo para dártelo*. Y ella dijo con decisión: *Pido la conversión de Sylvain*. Pedía esto desde hacía varias semanas. Y sintió la certeza interior de que su petición era concedida. Salió de la capilla para confiar esto a su amiga. Las dos se alegraron y se reían con buen ánimo por los corredores de la abadía ¹⁸.

NAVIDAD 1994

En Navidad de 1994 Emmanuelle me propuso festejar la fiesta en la comunidad del Verbo de Vida. Dudé, pero terminé por aceptar. Por primera vez, iba a vivir la Navidad fuera del ambiente familiar. Y estaba curioso por conocer cómo vivían los cristianos la fiesta de Navidad. No quedé defraudado: Hubo alegría, oraciones, comida especial, espectáculos, y vigilia de oración hasta tarde en la noche. Yo pensaba en Emmanuelle: ¿Cómo saber si ella era la mujer de mi vida? Tenía miedo del amor que ella me ofrecía. Estaba prisionero de mis miedos y de mis heridas pasadas. ¿Como decir sí? Pensé en la frase del monje: *La fe es un don de Dios*.

PREPARACIÓN PARA EL BAUTISMO

Desde principios del año 1995 decidí prepararme para el bautismo en la Iglesia católica y participé en las reuniones del grupo de catecúmenos. En el mes de marzo viví una primer etapa importante. Entré en el catecumenado, donde en el curso de una celebración se recibe la Biblia y la señal de la cruz que traza el sacerdote sobre la frente y las manos. Fue una de las primeras ocasiones en las que pude manifestar públicamente mi fe y las razones de mi elección. Participé en el curso de iniciación bíblica cada semana. Un sacerdote me acompañaba regularmente y me comprometí algunos meses en una capellanía del hospital. En los diferentes lugares del hospital descubrí cristianos, hombres y mujeres comprometidos con su fe, sinceros y activos.

¹⁸ Ib. pp. 102-106.

El tiempo de preparación para el bautismo fue un tiempo especial de oración, iba frecuentemente a la iglesia de mi barrio y leía la Biblia. Fue como mi luna de miel entre Él y yo. Además iba a visitar personas enfermas y tuve profundos encuentros:

Por ejemplo, esa mamá anciana que había perdido a su hijo, ese hombre que quería morir y que el amor por su hija lo mantenía con vida, y así tantos otros. Aprendí a olvidarme un poco de mis preocupaciones, de mis miedos y de mi tremendo yo. Y al mismo tiempo, podía acoger, escuchar y compartir la fe con otras personas necesitadas de ayuda. Por ejemplo: Sonríe a los mendigos que encuentro por la calle, les hablo, les doy la mano y les doy algo sin calcular. Me siento capaz de amar y no tengo miedo de decir que creo en Dios y de que me estoy preparando para el bautismo.

En el curso de los meses de marzo, abril y mayo de 1995 continuó mi transformación interior. Recibí el regalo de sanación de mis heridas interiores. Normalmente los bautismos de adultos se hacen en Pascua. Se decidió que yo fuera bautizado y confirmado en Pentecostés con apenas 6 meses de catecumenado, aunque lo normal eran dos años. El plan de mi bautismo ya era conocido por mis amigos y familiares. Sus reacciones fueron plenas de respeto. Emmanuelle estaba más que feliz. Y llegó el día más importante de mi vida, el día de mi nuevo nacimiento el domingo de Pentecostés, el 4 de junio de 1995. Todos mis familiares y amigos estaban reunidos para esta ocasión, a pesar de que la mayor parte eran no creyentes. Allí estaban mis padres, mi hermano, mi hermana, mis amigos y los miembros del grupo de catecumenado. Emmanuelle estaba a mi costado. Los 3 sacerdotes que me habían acompañado concelebraron y entre ellos estaba mi amigo el monje de la abadía de Aiguebelle, que tuvo una autorización especial para salir del monasterio y administrarme el sacramento del bautismo.

EL BAUTISMO

Comenzó la celebración. Yo estaba totalmente pensando en Dios, disponible a todo lo que él quisiera darme en ese gran día. Cuando llegó el momento de la profesión de fe, se oyeron al fondo de la iglesia unos gritos horribles. Eran de una persona discapacitada mental. Después vino la calma. En el momento del bautismo, me acuerdo de que el sacerdote tomó una cubeta de cobre con la que tomó el agua y la derramó por tres veces sobre mi cabeza. El agua transparente era símbolo de mi nacimiento y símbolo del Espíritu Santo por el que yo nacía de nuevo. Cuando yo levanté la cabeza, percibí a mis padres, que a una edad más o menos como la que yo tenía, se alejaron de la Iglesia, a la que yo me unía: Extraño retorno de la historia. Las lágrimas me llegaron a correr

después de pronunciar las intenciones de oración que yo mismo había redactado. Después volví a mi lugar y exploté en sollozos. ¿La emoción? Seguro. ¿El dolor del alejamiento de los míos, como cuando se toma un barco que se va lejos? Pero hay otra cosa más profunda y más esencial, pues desde lo profundo de mí mismo surgió una sola palabra que me llenaba todo entero. Era el grito: *Padre, Abbá, Padre*. Como si llegara por fin a casa después de un largo viaje. Como si hubiera llegado al puerto. Como si yo hubiera reencontrado al que me había creado y amado. Ahora vivo simplemente el regreso del hijo prodigo en los brazos de su padre. La paz viene y no me deja.

Después recibo la fuerza y la marca indeleble del Espíritu Santo en el sacramento de la confirmación. Los días siguientes descubriré más al Espíritu Santo como defensor, guía y maestro. Después, por segunda vez en mi vida y por la primera vez oficialmente como miembro de la Iglesia, con plena conciencia, comulgo el Cuerpo de Cristo. Siento la paz bienhechora de la primera vez, pero una fuerza extraordinaria me hace ver con una gran claridad que Cristo y la Eucaristía son el centro de mi vida y el eje sobre el que gira toda mi existencia.

Después de la celebración, muchas personas vienen espontáneamente a agradecer haber participado de esos intensos momentos. Vino el aperitivo y la comida con mis familiares con paz y sencillez. Todos se van poco a poco. Solo Emmanuelle y mi amigo el monje se quedan más tiempo y nosotros bordeamos el Sena hasta Notre Dame de París. La fatiga viene, el bienestar, la paz y la serenidad también ¹⁹.

DEJO LA FILOSOFÍA

Los días siguientes siento la necesidad imperiosa de concretizar mi bautismo con un acto importante, un último abandono en manos de Dios: Suspensión de mis estudios de filosofía. Hacía ya varios meses que los había dejado de lado, pero para mi sorpresa conozco que he sido admitido y debo preparar los exámenes orales. Estoy delante de una elección. Si elijo plenamente a Cristo, ¿cómo comprometerme en una disciplina como la filosofía que me parecía una contradicción con la fe que me hacía vivir? Decido terminar mis estudios de filosofía con el riesgo de suspender el concurso, pero ¿cómo asumir la responsabilidad de un oficio que no tiene sentido para mí y en el que tengo el sentimiento de traicionar a Cristo? Después de algunas dudas, escojo a Cristo y renuncio a mis estudios de filosofía y a su enseñanza y decido no asistir a los exámenes orales del concurso.

¹⁹ Ib. pp. 131-132.

Pero mis amigos y parientes protestan. Su reacción es comprensible. Mis padres durante años han financiado mis estudios y mi alojamiento y al momento de la última etapa, que me debe llevar a tener una profesión y una independencia financiera, parece que doy marcha atrás. Incluso mi amigo el monje no está de acuerdo. Para mí se trata de una entrega entera y definitiva de mi vida a Dios. No sé qué será de mi futuro, pero sé que Dios me ama infinitamente y que él sabe mejor que yo lo que me conviene. ¿Qué camino me invita a seguir? ¿El matrimonio? Mi historia con Emmanuelle es demasiado joven para que tenga certeza. ¿Ser sacerdote? ¿Por qué no? Mi entusiasmo por Dios es grande ¿Religioso? ¿Otra cosa? Los proyectos que podía tener se han disipado uno tras otro. Ante mí se presentan mil caminos ¿Cuál seguir? Solo sé que yo quiero hacer lo que Dios quiere. No quiero ser prisionero de un camino, donde no esté seguro que Dios me llama.

Diez días más tarde decido finalmente volver a mis pruebas orales de filosofía. Eso les da paz a mis familiares y a mí mismo. Iré a los exámenes orales, pero no con la esperanza de aprobar. A decir verdad, mi temor era más bien aprobar y decido no ir los exámenes. El jurado se sorprende de mi ausencia, me llaman por teléfono a mi domicilio para convocarme. Un mes más tarde conozco que he sido recibido para el concurso. En este tiempo yo doy la mayor parte de mis libros de filosofía. El hombre viejo, como dice san Pablo, se quita así su pasada piel, su vida pasada, para llegar a ser el hombre nuevo que es Cristo.

Dejo la filosofía, dejo París y mis familiares. En diversas ocasiones en estos meses siento una llamada en mí: *Deja tu país, tu parentela y la casa de tu padre...* Estas palabras que recibió Abraham (Gen 12,1) me atraen. Dejo atrás a mis queridos amigos, la vida universitaria y la cultura que me ha alimentado durante tres años. Marcho sin pena y sin saber a dónde voy. Soy libre. Libre para ir donde Dios quiera. Libre para decir sí a las llamadas que él me hará. Mi futuro será con Él, para Él y por Él. Tiemblo a veces, pero mi fe, enteramente nueva, me quema por dentro y no puedo equivocarme. Tengo confianza en Aquel que no puede defraudarme ²⁰.

NOVIAZGO

Por fin, decido recibir a Emmanuelle como un regalo que Dios me hace y digo sí a la llamada al matrimonio. Festejamos nuestro compromiso el 27 de diciembre de 1995. El tiempo de noviazgo es un tiempo de maduración para ambos. Un tiempo de Cuaresma antes de la Pascua, que es el día del matrimonio. De mi parte descubro con sorpresa cuánto la abstinencia sexual es fecunda y me

²⁰ Ib. pp.133-136.

hace bien. Cuando Emmanuelle me propuso esa abstinencia, al principio sentí una frustración, pero después que decidí aceptarla, y reconocí que esa abstinencia me hacía bien y me liberaba .

Tomo conciencia de la necesidad que tengo de este tiempo para ser liberado de los recuerdos de mi primer amor y para ser curado de las heridas y decepciones unidas a mis primeras experiencias sexuales. Por su parte Emmanuelle debe descartar las ideas, alimentadas durante años de ser religiosa. Poco a poco y a grandes pasos avanzamos uno hacia el otro y nos preparamos a donarnos el uno al otro. Eso no será sin lucha, incluso hubo algunas incomprensiones y reconciliaciones. Ese tiempo de noviazgo fue exigente y nos hizo madurar y aprender a dialogar.

MATRIMONIO

Nos casamos el 17 de agosto de 1996, día del 28 cumpleaños de Emmanuelle, doble motivo para dar gracias. Fue un día en plenitud, como si nuestros corazones estuvieran llenos y saturados de amor, como si estuvieran llenos de gracias. Los días de preparación fueron marcados por señales de afecto de parte de nuestros padres y familiares. No cesábamos de decir gracias a todos y a Dios, tanto nos sentíamos amados. La presencia de dos amigas discapacitadas físicas dio una tonalidad especial a la celebración y a la fiesta. Gracias a ellas, a sus risas y a su fe, no pudimos olvidar que se puede vivir en silla de ruedas y ser feliz, soportar el peso de una discapacidad y creer en Dios.

Hoy, 13 años después del matrimonio, tenemos 3 hijos: Céline, Jean y Timothée. Vemos que hay algo sagrado que nos une a ella y a mí. Hay amor, a pesar de la pequeñez y estrechez de nuestros corazones. El matrimonio puede ser una escuela de humildad para cada uno, reconociendo su propia incapacidad para amar y sentir la necesidad de recibir fuerzas de la fuente del amor, que es Dios, a pesar de las debilidades humanas.

Durante el noviazgo había vivido una experiencia importante. Atraído hacia las personas que sufrían, decidí vivir mi servicio militar como objetor de conciencia durante 17 meses en una casa de acogida de personas discapacitadas. La casa en la que trabajé desde el otoño de 1995, tenía una capilla al Santísimo Sacramento. Esta dimensión religiosa me permitía profundizar mi fe y, sobre todo, después de la luna de miel de mi conversión; vivirla cada día entre alegrías y penas, amistades y dificultades, con los pies sobre la tierra y el corazón unido a Dios. Fue un verdadero aprendizaje y comprendí que la vida de un cristiano no es una conversión de una vez para siempre, es una conversión de cada día, pues hace falta vivir regresando al interior, hacia el amor que mora en nosotros. Eso

nos enseña a caminar en la fe sin tener frecuentemente gracias sensibles como yo las pude disfrutar durante el bautismo y algunas semanas siguientes. La vida cristiana es un combate en el que debemos usar las armas de la oración diaria, la eucaristía, la confesión regular y la meditación de la palabra de Dios a fin de que nuestro corazón esté cimentado en el Amor.

En el contacto cotidiano con personas discapacitadas, aprendí lo que es la vida cristiana y aprendí mucho gracias a ellas. Cuando siento el peso del dolor de esas personas, me voy a la capilla y le digo al Señor: *¿Por qué?* Esta cuestión del mal y del sufrimiento fue una de mis mayores objeciones a mi conversión. Es una objeción importante que muchos no creyentes dirigen a los creyentes. Yo, en el silencio de aquella capilla, volvía a recobrar la paz, contemplando a Jesús en la cruz. Allí veo a Dios sufriendo por los pecados de los hombres, por las injusticias y las violencias. Y veo a Dios solidario con cada inocente, torturado o herido, y comprendo a Dios que no cesa de dar su perdón y su paz con un amor infinito que nada ni nadie se lo puede impedir. Entendí que el mal y el sufrimiento no tienen la última palabra, no son el horizonte último de la vida humana, a pesar de todas las apariencias. El amor sí es la última palabra ²¹.

DE NUEVO A LA FILOSOFÍA

En septiembre de 1996 acepté prepararme al concurso de enseñanza de filosofía. Mi preparación estaba incompleta, porque hacía tiempo había dejado mis estudios. Fui admitido al concurso en 1997. Descubrí el placer de enseñar filosofía, pero ahora como una profesión que había anteriormente rehusado. Poco a poco, a lo largo del tiempo, mientras enseñaba filosofía, le iba encontrando sentido.

En verano de 1998 festejamos dos años de matrimonio. Después de un año me destinaron a enseñar al liceo general y tecnológico de Montluçon, en el centro de Francia. Los comienzos fueron difíciles. Para muchos de los alumnos la filosofía era una materia secundaria. En algunas clases rechazaban el curso de filosofía como inútil. Un día, distribuí un texto de Nietzsche, antes de poder leerlo en la clase, muchos alumnos se reían, porque no conocían al autor. Otro día tomé la palabra y comencé diciendo: *Esta mañana*. Al fondo del salón un alumno siguió: *Un conejo...* Las risas explotaron. Otra vez volaban los aviones de papel por la clase. ¿Qué podía hacer? Se resistían a la enseñanza de la filosofía. Después de un año de enseñanza, un alumno vino a agradecerme el curso. Un sencillo gracias ciertamente, pero importante para mí. No estaba preparado para afrontar a esos alumnos que no querían la enseñanza de filosofía. Necesitaba

²¹ Ib. pp.157-166.

cambiar quizás mi método de enseñanza o el contenido del curso o mi actitud ante los alumnos... Antes de mi conversión, yo desconfiaba de la fe en nombre de la razón. Después de mi conversión desconfiaba de la razón en nombre de la fe. Sin embargo, tanto la fe como la razón son dos regalos de Dios, que no se oponen y pueden ir juntos.

FILOSOFÍA LAICA

Un día, durante mis difíciles principios de profesor de filosofía; me quejaba de los alumnos insoportables y mi amigo y padrino el monje me respondió: *Esos son los niños bienamados de Dios*. Lo había olvidado. Debía mirar a esos jóvenes que me eran confiados como el Padre los miraba y perdonarlos tantas veces como fuera necesario. Tenía que exponerme sin vergüenza a sus miradas y a sus críticas y burlas. Amarlos tal como son para ayudarles a ser lo que deben ser. No podía anunciar mi fe explícitamente, porque la ley francesa lo prohíbe en nombre de la laicidad y del respeto a la libertad de pensamiento. Confieso que en mis primeros años de enseñanza sufría a veces. El deseo de anunciar a Cristo me quemaba y me costaba mucho callarme. Por otra parte tenía miedo de que mis alumnos y colegas descubrieran que yo era cristiano. Imaginen cuántos reproches y burlas. Temía ser acusado de querer manipular y convertir a los alumnos.

Deseaba testimoniar mi fe y mi encuentro con Dios, que había cambiado mi vida y me había salvado de la desesperación. En medio del trabajo no lo podía hacer. Por eso era feliz cuando fuera del contexto profesional,, hablaba de mi fe y hacía un relato de mi conversión. Durante algunos años, llevaba, por decirlo así, una doble vida. Una en mi interior, que se manifestaba en mi vida privada, familiar y eclesial; y otra en mi vida profesional, donde prefería pasar desapercibido.

Un día una de mis alumnas me pidió hablar y nos dimos una cita. La conversación fue rica y profunda. Ella me dijo que era creyente y que mi curso sobre la religión la había interrogado. Su conclusión era que la filosofía y la fe eran incompatibles. Quedé aterrado. Discutimos largamente y, sin revelar mi fe, me esforcé en demostrarle que la religión y la filosofía podían ir juntas. Ella se apaciguó. Por mi parte me planteé cómo en mi curso de religión podía hacer creer en Dios y cómo, callando mis convicciones, podía hacer pensar en la bondad de la religión. Me planteaba cómo podía vivir mi testimonio de fe en el liceo, respetando el principio de laicidad. Cómo reconciliar la ley del amor y la ley del Estado. Antes de mi conversión, la laicidad me parecía un obstáculo contra las religiones, contra el deseo de poder y de dominar la voluntad de los espíritus. La laicidad era para mí como una condición para la libertad y la

democracia. Si una religión utilizaba el Estado para imponerse y llegar a ser la religión del Estado ¿cómo entonces garantizar la libertad de conciencia? Desde entonces la laicidad se me presentaba como una forma de resistencia a las religiones, implicando desconfianza contra ellas, en particular contra la Iglesia católica, que en Francia había estado durante mucho tiempo unida al poder político.

Después de mi conversión, me encontré indeciso sobre qué hacer. Entonces encontré a dos católicos practicantes que criticaban la laicidad y lamentaban la ley de 1905, que hizo la separación de la Iglesia y del Estado. Ellos veían este principio de laicidad como una condenación de la religión, una prohibición impuesta a la fe. Esta ley obligaba al creyente a renunciar a todo derecho en la vida pública. Los partidarios de la laicidad desconfían de los creyentes, sea cual sea su religión, y lo mismo de los hombres de Iglesia en particular. Los creyentes por su parte desconfían de los defensores de la laicidad, a quienes perciben como censores y los unos y los otros se acusan recíprocamente de intolerancia. Por mi historia y por mi profesión era un cristiano en un medio laico ¿Qué debía hacer?

La actitud de Sylvain fue ser un profesor de filosofía que supo al fin coordinar su fe católica con sus enseñanzas sin tener que dar testimonio explícito de su fe, pero marcando siempre el camino hacia Dios, aclarando que las religiones no son caminos falsos y prohibidos sino que nos dan libertad, amor y paz.

De esta manera creció personalmente en la fe, en el amor a Jesús Eucaristía, a María nuestra madre, a la Iglesia católica y a vivir su fe en unión con todos los ángeles y santos. Vivir la fe en medio de un mundo laico, adverso y negativo, es posible y se puede dar testimonio ante los ateos con palabras y sin palabras, pero con el testimonio de la vida, que al observar nuestra alegría de vivir y compararlo con su vacío existencial pueden pensar: Algo tienen los creyentes que nosotros buscamos. Es la alegría y el amor que tienen para todos, incluso en medio del dolor y las dificultades de cada día. Ojalá ellos también puedan decir con Sylvain y André Frossard: *Señor, ni toda la eternidad será suficiente para alabarte y darte gracias.*

CONCLUSIÓN

Después de haber leído detenidamente las páginas anteriores sobre la conversión de Sylvain Clément, podemos decir junto con él: *Dios es maravilloso, Dios existe, Dios me ama, Dios me ha creado por amor y espera de mí una respuesta de amor*. Realmente es hermoso ver en él y en tantos otros convertidos desde el ateísmo cómo Dios va actuando poco a poco. Y cómo si uno le pide humildemente ayuda para creer, Dios responderá de alguna manera para convencernos de que él estaba a nuestro lado y nunca nos había dejado solos, aunque nos dejó libres y nos dio tiempo para reaccionar y aceptarlo como Padre amoroso y no como un Dios terrible que manda a sus hijos al infierno sin contemplaciones. Dios no ha creado el infierno. El infierno lo crean los mismos que se obstinan en rechazar a Dios y a su amor.

Dios nos ha creado por amor y para amar. Nos ha creado para ser felices eternamente en el cielo. Después de esta vida nos da la oportunidad de poder purificarnos de tantos pecados y errores, si estamos arrepentidos. Pero nos ha creado para ser eternos y nunca morir, nos ha creado libres y no quiere imponernos ni obligarnos a creer en él. He ahí la gran tragedia de muchos seres humanos que no tienen amor ni compasión con los demás y rechazan a Dios como si fuera un Dios malo y sin compasión, que solo nos da dolores y sufrimientos.

Pero Dios respeta y respetará siempre nuestra libertad y nuestras decisiones de cara a la eternidad. ¿Qué podemos decir a los ateos? ¿No creen que Dios exista y piensan que así pueden gozar sin cortapisas los placeres de la vida? ¿Creen que esta vida solo tiene sentido en gozar y disfrutar? Y si después de la muerte se encuentran con que ese Dios, a quien han rechazado, sí existe y los sigue amando, ¿seguirán rechazándolo para siempre? Porque Dios nos espera hasta el último momento para que lo recibamos y lo amemos. Solo los obstinados en el mal y en el rechazo de su amor serán quienes preferirán irse con los demonios y ser infelices con ellos a su manera para siempre.

Leer libros de convertidos a la fe puede ser muy útil para quienes no creen. Lo que no deben hacer es perder la esperanza de encontrar un sentido a esta vida y al dolor y de encontrar a Dios como un Padre que los espera como al hijo pródigo.

En una palabra, vivamos para Dios vivamos para la eternidad. Y, si no tenemos fe, digamos con confianza: *Señor, no creo pero quisiera saber si tú existes*. Y Dios les responderá con amor con toda seguridad.

Hermano, te deseo lo mejor, que seas feliz eternamente con Dios y la Virgen María y todos los santos y ángeles. Feliz viaje por la vida. No olvides que un ángel santo te acompaña para ayudarte en tu caminar. Es tu ángel custodio. Un abrazo y ADELANTE. Jesús te necesita y espera mucho de ti.

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en